




RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror



El precio de la guerra y otros relatos





Créditos



© 2015 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2015 Miguel Huertas, Sergio Mars, Román de la Cruz, Miguel Ccasani, Jesús Manrique y Miguel Ángel Vallejo.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Comité Editorial: **Hans Rothgiesser, José Güich Rodríguez, Daniel Salvo, Carlos de la Torre Paredes, Christian Campos Alvarado y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Ilustración: **Luis Morocho**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

N° 1: **Septiembre del 2015**

ISSN: **En trámite**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

Autores



Miguel Huertas

(Madrid, 1991) Psicólogo por la Universidad Complutense. Algunos de sus relatos han sido publicados por revistas como Valinor, Falsaria, Almiar, La bolsa de pipas o Calabazas en el Trastero.



Sergio Mars

(Valencia, 1976) Escritor español de ciencia ficción, fantasía y terror, con medio centenar de relatos y seis libros publicados desde el 2002. Ha ganado cuatro premios Ignotus. En el 2012 creó Cápside Editorial. Desde el 2007 publica en el blog Rescepto Indablog.



Román de la Cruz

(Callao, 1991) Ilustrador y bachiller de literatura por la UNMSM. Ha colaborado en proyectos editoriales como la revista de minificción Plesiosaurio, la revista de creación Delirium Tremens y la revista quechua Atuppa Chupan. Publica en la red como "Portafobias".



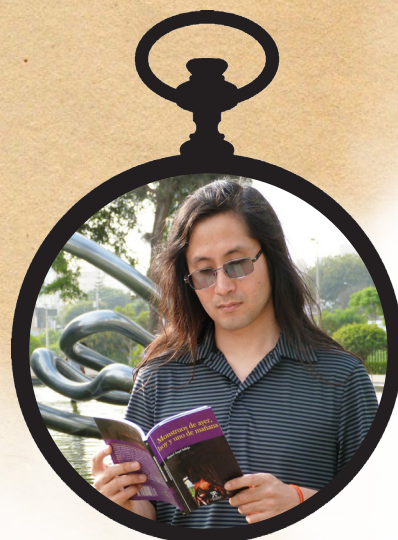
Miguel Ccasani

(Ica, 1990) Estudiante de Historia en UNMSM. Actualmente es miembro del grupo cultural Tela Verde, y del TUSM, mediante el cual ha escrito adaptaciones. Publicó en la revista El bosque Nr3, y ha escrito otros por medios virtuales.



Jesús Manrique

(Lima, 1977) Técnico en Sistemas con diplomado en RRHH. Actualmente Supervisor en el área de Recursos Humanos. Sus inicios literarios se dieron a través de los RPGs, trasladando el desafío a su blog DeadMan Joking.



Miguel Ángel Vallejo

(Lima, 1983) Bachiller en Literatura por la UNMSM. Codirige la revista Altazor. Sus publicaciones más recientes son el libro de testimonios "Vallejo Urreta. Historias de una familia peruana" (2015) y "Monstruos de ayer, hoy y uno de mañana".

Índice



Editorial.....	05
Comunión.....	07
Reflejos de carbono.....	11
Receta médica.....	16
Moderador.....	18
Servicio de medianoche.....	20
El precio de la guerra.....	24
Muro de honor.....	36



Editorial



Me parece que es momento de derribar varios mitos. El primero de ellos es acerca de aquella creencia que plantea que el peruano lee poco. De hecho, estoy convencido de que nunca se ha leído tanto como ahora. Esto no lo digo solo por la cantidad de librerías que existen en el país, sino también por los índices de analfabetismo que tiene actualmente el Perú. De tener 60% de analfabetos en 1940 hemos pasado a 6.2% en el 2012. ¿Que a pesar de todo esto el peruano sigue leyendo poco? Seguro que sí y la idea es que cada día lea más y más. Ahora, me gustaría que se pregunten, ¿por qué no leemos tanto como quisiéramos? La respuesta sería un tanto compleja, en gran medida porque no hay una sola. Me aventuro a señalar que la falta de bibliotecas públicas y el alto costo de los libros de literatura son la respuesta más directa.

El otro mito que necesitamos derribar tiene relación directa con las fronteras. He estado hablando del Perú, pero en realidad me gustaría hablar de toda Hispanoamérica. ¿Por qué limitar la literatura que tanto nos gusta a determinadas zonas geográficas? Pienso que las grandes fronteras podrían estar marcadas por el lenguaje y aun así esto no se sostendría con el tiempo. Por eso es importante pensar en los grandes públicos de lengua española. La revista “Relatos Increíbles” reconoce esta noción desde un comienzo: de los cuarenta y un autores seleccionados, dieciséis no son peruanos.

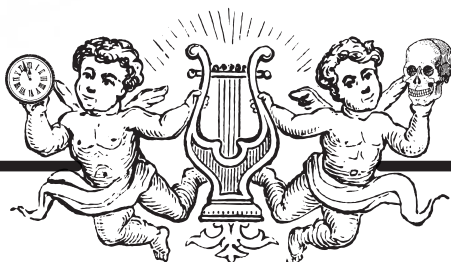
Esta es una revista mensual que busca romper con distintos paradigmas. Queremos que llegue a un público masivo en los distintos países hispanos y eliminar para ello cualquier tipo de limitación; por eso, su distribución es gratuita. También queremos que se convierta en un semillero de escritores noveles, que con su calidad literaria sepan enamorar a un público ávido por este tipo de historias.

Y eso es lo que van a encontrar en este primer número, que —estoy seguro— no será el último. Debo mencionar que esta revista no sería posible sin el apoyo de todos los miembros del comité editorial. Para todos ustedes, muchas gracias: Paola Arana, Hans Rothgiesser, Daniel Salvo, Christian Campos, Carlos de la Torre Paredes, José Güich Rodríguez y Daniel Arteaga. Tampoco sería una realidad sin los 127 cuentos que recibimos en la convocatoria. Por eso, mi gratitud va con todos esos autores que, aceptados o no, han dado vida a esta revista.

Por cierto, a partir del segundo número aparecerá una nueva sección dedicada a los correos de nuestros lectores. Escribannos con sus comentarios de este primer número a la siguiente dirección: relatos@acuedi.org

Carpe diem,

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.

Azul



Comuni3n

Por: Miguel 1ngel Vallejo Sameshima





El primer contacto con el peruano hubiera hecho creer a cualquiera que su curación sería sencilla: cabizbajo, mirada vacía, la espalda apenas pegada al asiento mientras sostenía su maleta con desgano. Fue el último en llegar al aeropuerto de Praga.

Durante el recorrido en auto a Pilsen, preguntó cuántas semanas duraría el procedimiento y si las comidas estaban incluidas, mas nada sobre los otros integrantes del programa, su habitación o los lugares turísticos. Ni siquiera le interesó el clima de invierno, que restaba utilidad a su chaqueta de paño —ridículamente formal— y a su delgado pantalón de traje algo ajado.

A la mañana siguiente, se presentó con veinte minutos de adelanto al desayuno de introducción en el restaurante del hotel, y recibió a los demás sin conversar. Comió desanimado pero dejó el plato vacío, y atendió indiferente a la charla de apertura.

—Como bien saben, este es el principio de nuestra nueva vida. Dejaremos atrás lo que nos lastima y alcanzaremos la comunión, el único amor sin conflictos. Ya hemos leído los principios del libro de Feifer, y a partir de hoy los aplicaremos en el quehacer cotidiano. Pilsen, ciudad que ninguno conoce, es el lugar ideal para ello. Nos uniremos en esta cruzada de libertad —se anunció en los idiomas necesarios, cediendo ante la molesta división que genera el lenguaje.

Irónicamente, la mayoría tomó esta declaración inaugural con alegría, la cual debían combatir. El peruano apenas asintió. Parecía un hombre distante y sin emociones, diríamos casi sano. Sin embargo, es increíble lo que se puede saber de una persona con un solo gesto: acariciaba un pequeño gato de plástico en una pulsera, de seguro un ornamento chino de bajo precio, viejo y agrietado.

El primer ejercicio fue que los integrantes permanecieran encerrados en sus habitaciones, sin acceso a Internet, teléfono, televisión o radio, ni siquiera a lápiz y papel, y prohibidos de hablar entre ellos. Sus únicas salidas fueron al restaurante, una vez al día, siempre el mismo plato, servido a la misma hora. Para eliminar el culto al ego hay que anular la imagen que cada quien inventa de sí mismo, y la nefasta necesidad de compartir, interpretar, comunicar, agradar o competir. Solo así desaparecen la mentira de una ubicación individual en el universo, y alianzas ficticias como clase social, etnia, nacionalidad o lengua, como anunciaba ya Feifer en sus invocaciones a modo de rezo. Todos triunfaron, aunque algunas mujeres belgas y un grupo de ancianos andaluces parecían haber establecido un nocivo vínculo de origen en medio de su silencio, brindándose guiños y hasta sonrisas mientras comían. Por ello, se adelantó el segundo ejercicio: ir de un punto A hacia un punto B de lunes a viernes, durante dos semanas, y realizar compras específicas dictaminadas por itinerario en tiendas y mercados. En cada salida debían seguir exclusivamente los caminos trazados sin fijarse en el entorno ni saludar o pedir información. Nada de caminatas por la zona de parques, preguntar nombres o datos al encargado de la cervecería, ni por la historia de algún teatro. El objetivo, de vital importancia, fue transitar sin relacionarse con nada ni nadie: el inicio de una existencia sin opiniones y, por ende, sin discrepancias.

Entonces el peruano comenzó a fallar. En los días lluviosos se detenía frente a la catedral de San Bartolomé, apretando con fuerza el paraguas, contemplando perplejo la cúpula de la iglesia, y en su rostro la nostalgia se confundía con la estupidez. Solo reanudaba su marcha cuando el frío lo hacía temblar, o tal vez motivado por alguna pernicioso emoción. A la novena tarde se desvió del camino y llegó hasta el jardín japonés, donde encendió un cigarrillo con una sonrisa ácida. Soportó la lluvia hasta ver la puesta de sol sobre las copas de los árboles y dio suaves pisotones en el suelo de tierra.

En esta etapa del tratamiento hasta las intransigencias de belgas y andaluces habían sido suprimidas: ni siquiera se miraban al cruzarse en el *lobby*. La única duda era el peruano; sus indisciplinas hacían cuestionable el que pudiera adaptarse y evolucionar, pero aun así se le permitió avanzar al tercer ejercicio: mantener silencio perpetuo.

Este fue el reto más difícil, por los desagradables instintos del fuero íntimo. Por ejemplo, una atleta egipcia solía programar sus ejercicios hablando mientras se duchaba, un oficinista australiano se daba ánimos en francés —su segundo idioma—, y el mayor del grupo, un pianista filipino, cantaba antes de dormir. Todos mantenían alguna forma de habla, viciosa en su esencia. Oír la propia voz es otro síntoma de ego, pues se habla para ser escuchado, así sea por uno mismo o por un ente imaginario. La verbalización solo debe ser utilizada como paso previo al olvido.

Los malos hábitos desaparecieron al cabo de una semana. Nadie abría la boca más que para comer, toser, estornudar o lavarse los dientes. Sin embargo, el peruano ofrecía, quizá sin desearlo, una callada resistencia con su mirada melancólica. Ahora entendemos el porqué de su dificultad en sanar. No se trataba de obstinación, que implica la voluntad de no cambiar, sino lo opuesto: le era imposible huir de sus recuerdos.

Descubrimos que accedió a intentar un cambio luego de meses de inactividad y súplicas. Su padre le insistió en que era tiempo de continuar. Que ya había perdido demasiados años estrellándose contra una justicia a la que no le importaba él ni mucho menos su esposa, y era tiempo de renunciar al sufrimiento. Que su mayor venganza sería volver a ser feliz a pesar de lo que le hicieron. Por supuesto, el ritual que nos formó era su mejor oportunidad.

Conocer su episodio fundamental nos fue difícil. Al inicio surgió un remolino de polvo, sucedido por las primeras escenas: un taller de confecciones atiborrado de telas y maquinaria —que producía un ruido metálico constante—, un departamento desordenado con camisas y pantalones sobre la mesa del comedor y caños goteando, un pequeño bosque de pasto corto. Luego apareció el rostro de una mujer de cabellos revueltos, expresión triste y arrugas prematuras bajo los párpados y el cuello. Las siguientes escenas fueron charlas entre ambos, muy similares.

—¿Qué tal tu día en el taller?

—Como siempre. Pocos pedidos, no estábamos preparados para el verano. Y todavía con ese problema que te dije, siguen jodiendo los cobardes.

—Hace semanas que estás así. ¿Y si mudas la empresa a otro lugar? Te mereces algo mejor. O, ¿por qué no cambias de rubro, con otro nombre?

—No, no, dejémoslo así.

—Bueno, nunca quieres tocar este tema, ya no sé para qué me esfuerzo...

—Discúlpame, estoy cansado. Me voy a dormir.

—Te cuento que encontré un DVD de aeróbicos muy bueno, hice esos ejercicios toda la mañana, hasta me duelen las piernas. No quiero engordar más.

—Ajá.

—Oye, hoy por la tarde estuvo rondando un auto por acá. O sea, el mismo carro pasaba muchas veces, y se estacionó frente al edificio como una hora. No pude tomarle fotos, me dio algo de miedo. Eso sí, anoté la placa...

—Ya...

—Tengo un mal presentimiento, y yo no me equivoco con esas cosas.

—Gordita, no exageremos.

—Pero si tú eres quien me dice que esté atenta...

—¿Puedes servirme la comida?

—Hice fideos con salchichas, los que te gustan.

—Gracias.

—¿Has visto qué lindas han crecido las magnolias? Podría hacer un arreglo con ellas.

—¿Fideos otra vez?

—Es lo único que se me ocurrió. Además, sería bueno medirnos un poquito en los gastos, ¿no crees?

—¿Me estás reclamando algo?

—No, claro que no, si no es tu culpa. Pero si las cosas van mal y puede haber peligros, pues quizá deberíamos pensar en otros proyectos. Digo, si no quieres que yo trabaje... Porque tú me conociste trabajando, sabes que soy buena secretaria, es lo mío. Podría hablar con mi antiguo jefe y pedirle...

—Y no quiero, pues. No deseo cenar, voy a acostarme... Por favor, no tengo ánimos para eso hoy, no me abras que estoy apestando.

—Te compré algo en el mercado. Es una pulsera con un gatito, dicen que trae buena suer

—Está bonita. Deja, me la pongo mañana luego de bañarme.

Las charlas en sus recuerdos se repitieron varias veces, aunque el tiempo ya no es una categoría que nos afecte. La última escena apareció entrecortada, un sueño: el bosque donde el peruano cava con las manos desnudas, un agujero vacío, sus uñas ensangrentadas manchando la pulsera. De pronto regresó el remolino de polvo y la secuencia de imágenes volvió a empezar.

Deducimos entonces que la mujer fue desaparecida o asesinada violentamente. El sentimiento de culpa del peruano —ese que retiene la memoria— puede deberse a muchos factores. Lo único seguro es que en esa persistencia del pasado radicaba su incapacidad de evolucionar. Solo hubiéramos podido hacer por él lo que finalmente hicimos.

Al término del programa se llevó a cabo el último rito en una casona abandonada del centro de Pilsen. Feifer, el primer miembro, fue quien encontró el libro con los pasos a seguir durante la ceremonia que culminaría con nuestra transformación. Por eso confiamos en su sabiduría cuando aprobó al peruano, aun a sabiendas de que era un riesgo.

Los integrantes mostraron su victoria sobre sí mismos: guardaron un hondo silencio que los unía, hasta en sus gestos fríos e invariables, de principio a fin de la transformación. Ese silencio que establece vínculos fuera del tiempo y el espacio, con el que invocaban al futuro en que nos hemos convertido.

En algún momento del trance, el peruano acarició su pulsera de gato. Tal vez por eso quedó intacto mientras hacíamos la danza final y la verdad iba penetrando nuestros antiguos organismos, desgarrándonos la piel, arrancándonos los cabellos, piernas, brazos, pies, manos y cabezas, bailando con los intestinos, pulmones y otros órganos, estrellando nuestras partes hasta fundirnos en la esfera de carne, huesos, cartílagos y sangre que ahora somos. Sobra decir que no hubo un solo grito. Sin consciencias discrepantes, el grupo pudo alcanzar la comunión perfecta del amor. Los nombres y pasados particulares ahora carecen de sentido: nos hemos convertido en legión.

El peruano fue nuestro primer alimento, y no parecía sufrir desmembrado en nuestras bocas ni deglutido por nuestros estómagos. Al fin ha sido curado: devoramos sus recuerdos y terminaremos de expulsarlos a través de estas palabras, que perderá el viento de Pilsen. Así sucederá con cada uno de los enfermos de ahora en adelante y para siempre. Eliminaremos el ego, el sufrimiento y demás molestias de la vida terrena y efímera. La legión somos lo único inmortal: la eternidad del olvido.



Reflejos de carbono

Por: Sergio Mars



«Piénselo, ¿de acuerdo?». Qué fácil les era decirlo.

Isabel salió del edificio de dirección con la mirada perdida, pensándose, como le habían sugerido. Desde luego, el dinero les iría muy bien, sobre todo ahora que Dani se aproximaba inexorablemente a la sustitución de los ocho años. En teoría estaba todo previsto, claro; no se podía decir que fuera un gasto que les llegaba por sorpresa, ese al menos no, pero la planificación, por muy cuidadosa que fuera, no sabía de imprevistos, y al final siempre se quedaban cortos y tenían que hacer malabarismos durante meses para volver a cuadrar las cuentas. La compensación, como la habían denominado, era importante, lo bastante como para permitirles incluso algunos lujos. Demasiado importante, quizás. Las cosas no debían de estar tan claras como le habían asegurado.

Arribó a la factoría y, por primera vez desde que lo habían instalado, pasó por el sensor biométrico sin sentirse analizada. Lo había comentado con sus compañeros y a casi ningún otro le pasaba, pero ella hubiera jurado que sentía cómo las células fotosensibles la reducían a medidas frías para decidir si le franqueaban o no el paso. Tal vez fuera el simple y viejo prejuicio del hombre contra la máquina, una especie de reacción atávica frente a la usurpación de un puesto de trabajo que aún no había sido reconquistado, pero en todo caso la incomodidad que sentía era real.

Llegó de las últimas al vestuario. Tenía excusa, por supuesto, pero eso los demás no lo sabían y siempre había miradas de reproche a los remolones, por no sentir como propia la Empresa, o algo parecido. Nunca había asimilado del todo la filosofía. Ella componía en tales circunstancias un gesto de reprobación porque se suponía que era lo correcto, y puede que los demás hicieran lo mismo. Pronto había descubierto que su curiosidad no era bien recibida y había dejado de hacer preguntas. En todo caso, si aquel día la reconviniere con la mirada no se enteró, pues seguía dándole vueltas a la cuestión que le habían planteado los jefes. Necesitaba algo más de información para formarse una opinión. La buscaría durante su turno en la cadena de montaje.

Ocupó su lugar y se ajustó los arneses con movimientos mecánicos. Aún faltaban un par de minutos para que se pusiera en marcha la producción. Muchos aprovechaban esos momentos para estirar los brazos, convencidos de que eso les hacía ser más eficientes, pero Isabel prefería entrar pronto en el modo automático. No soportaba la espera. Se ajustó sobre el rostro la interfaz audiovisual e hizo arrancar verbalmente el sistema. A partir de ese momento, casi todas las operaciones las activaría con la vista. En cuanto hubo comprobado que todo funcionaba bien —una vez había pasado casi una hora contemplando un aviso de error, sin poder hacer nada, hasta que el técnico de la empresa había reparado en la anomalía y le había reiniciado el sistema; no quería volver a pasar por algo parecido— unió las manos en la postura de activación.

Al instante notó un progresivo entumecimiento en los brazos, a medida que se iban cortando o atenuando las conexiones con su sistema nervioso central y el control era transferido al nodo-reflejo acoplado a su médula dorsal. Todavía podía sentir a lo lejos sus extremidades, algo que al parecer era necesario por motivos psicológicos, pero las sensaciones le llegaban amortiguadas, apenas las más burdas señales de propiocepción que casi no superaban el umbral de la experiencia, y podía procesarlas como mera información de fondo. Se concentró en buscar los artículos que precisaba. Accedió a la base de datos más fiable a la que podía conectarse desde su terminal y empezó a investigar. Necesitaba, sobre todo, una perspectiva histórica, así que una vez localizado el hilo que le interesaba lo siguió hasta su inicio y se dispuso a hallar las respuestas, e incluso las preguntas, que buscaba. Al poco rato sus brazos comenzaron a trabajar, pero ella ni siquiera se dio cuenta, enfrascada como estaba en la historia de la nanortopedia.

Al parecer, la primera nanoprótesis se había desarrollado como un subproducto del ascensor espacial, hacia finales de la década de los veinte. La investigación en materiales capaces de soportar su propia tensión en longitudes medidas en decenas de miles de kilómetros había conducido al rápido desarrollo de la industria de los nanotubos de carbono, una estructura cilíndrica de átomos de carbono con una resistencia mayor que el diamante. Pasó rápidamente por encima de los detalles técnicos; había visto hacía poco un documental al respecto que ya le había proporcionado más datos de los que podía aprehender. Por fin llegó al momento que se consideraba como el del nacimiento de la nueva disciplina.

El padre de la nanortopedia fue un ingeniero que se había pasado a la medicina a consecuencia de una crisis existencial. Nadie hubiera apostado porque fuera a realizar ningún descubrimiento significativo, habiendo entrado en la investigación de rebote y a edad avanzada, pero su visión heterodoxa de los problemas médicos resultó ser justo lo que hacía falta para lanzar a la cirugía de



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto
puedes colaborar con nosotros,
comprando publicidad o con las
donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

cabeza hacia la revolución nanotecnológica que estaba teniendo lugar en otras disciplinas.

El adelanto crucial se produjo en torno a la curación de la distrofia muscular. Mientras el resto de sus colegas se afanaban por desentrañar los fundamentos genéticos de las distintas patologías, el doctor Fuller, que así se llamaba, decidió atacar la cuestión desde un punto de vista terapéutico más que preventivo. Por entonces ya existían complicados exoesqueletos que permitían a los pacientes llevar una vida casi normal, pero por mucho que se esforzaran en hacerlos ergonómicos su sola presencia física provocaba trastornos emocionales en los pacientes. Fuller llegó a la conclusión de que la respuesta estaba en diseñar prótesis internas, lo más pequeñas posible, con la meta puesta en su reducción hasta el mismísimo nivel celular... o incluso organular.

Como la unidad funcional de la actividad muscular voluntaria era el sarcómero, centró su interés en esta estructura, formada principalmente por microfilamentos de actina y miosina que se desplazan el uno sobre el otro, provocando la contracción del músculo. Casualmente, los nanotubos de carbono podían acoplarse en un sistema análogo, y aprovechando la ausencia de fricción entre estructuras tubulares concéntricas, los requerimientos energéticos entraban dentro de lo aceptable para los microacumuladores de Krebs que ya se habían experimentado con éxito en marcapasos.

La primera prótesis, que aún no alcanzaba categoría nanométrica, fue implantada el año 2038. Era algo burdo, poco más que un tendón contráctil, pero abrió el camino para la revolución nanortopédica y, desde una perspectiva individual, asentó las bases para que le concedieran a Fuller el premio Nobel de medicina diez años más tarde; el único galardón libre de controversia de aquel año.

Se sucedieron avances casi exponenciales durante las dos décadas siguientes. En un par de años se presentó la primera célula muscular artificial. Empaquetaba diez mil nanotubos que actuaban con mucha mayor eficacia, sobre todo en lo referente a la relación energía/trabajo, que los cien mil sarcómeros naturales. Funcionaban tan bien, de hecho, que los receptores de los implantes no solo podían llevar una vida normal, sino que pronto superaron las capacidades de los individuos sanos. La primera descalificación de un atleta por uso de nanoimplantes musculares tuvo lugar en las olimpiadas de Kinshasa '44, aunque el proceso judicial se prologaría hasta bien entrada la década de los cincuenta debido al

vacío legal. Al final se dictaminó, al igual que había ocurrido con la transgénesis, que el corredor había vulnerado el espíritu de la norma.

Por supuesto, el resto de especialidades médicas no quisieron quedarse atrás, así que empezaron a desarrollarse osteocitos, eritrocitos, fibroblastos y muchos otros tipos celulares artificiales, solucionando problemas con los que incluso la terapia génica había experimentado dificultades, culminando el proceso el año 2053 con la implantación del primer nodo neuronal superconductor a un paciente tetrapléjico... que salió del hospital por su propio pie un mes más tarde.

Toda utopía, sin embargo, oculta un aspecto oscuro. Las ventajas de los implantados resultaron tan patentes que pronto se empezó a llamar, primero en broma, minusválidos a quienes no habían recibido ningún tejido artificial. La brecha fue agrandándose a medida que la nanortopedia evolucionaba, desde limitarse a suplir el tejido vivo defectuoso hasta explotar al máximo el potencial de las citoprótesis. Hasta el punto de que en la década de los sesenta se instauraron los períodos de sustitución por los que todo ciudadano —no eran obligatorios, pero rechazarlos suponía tal desventaja que solo los extremistas religiosos les negaban esa ayuda a sus hijos— pasaba a los tres, ocho y quince años, y que le proporcionaban las competencias mínimas para desenvolverse con garantías en cualquier situación normal. Los había, por supuesto, quienes no se contentaban con eso, pero salirse de lo estipulado por las autoridades sanitarias era prohibitivamente caro y solo estaba al alcance de los más favorecidos. Aparte, claro está, había que tratar los implantes profesionales, pero eso era algo que entroncaba directamente con los aspectos sociales de la revolución nanortopédica.

A mediados de siglo, la robotización había alcanzado su máximo exponente. Millones de personas en todo el mundo se habían quedado sin trabajo. Lo que no habían conseguido ni el telar a vapor ni los ordenadores, volver obsoleto el trabajo humano de cualificación media-baja, lo habían logrado los avances en microingeniería e inteligencia artificial. Las revueltas antitecnológicas estuvieron al orden del día, aunque nadie quería prescindir de los nanoimplantes, produciéndose pues la curiosa paradoja de estar disfrutando de los frutos de aquello por cuya eliminación se luchaba.

La solución cabía encontrarla en replantear la educación, recalibrar las tasas y los modelos de intercambio de riqueza y adaptar la sociedad a la nueva realidad, pero ninguna de estas soluciones iba a materializarse de la noche a la mañana. Los gobiernos de todo el mundo buscaron formas de manejar la crisis y optaron en su mayoría por elaborar políticas proteccionistas hacia la mano de obra humana, gravando a las empresas de acuerdo con la proporción de su producción generada por medios mecánicos. El único problema era que, si se acogían a las ventajas fiscales que conllevaba la contratación de decenas de empleados —y no valía pagarles por no hacer nada, debían formar parte activa del proceso productivo— la calidad del producto final se resentía, y al igual que pasaba con las nanoprótesis, los consumidores no estaban dispuestos a muchos sacrificios en aras del bien común.

Entonces los empresarios presentaron la idea del nodo-reflejo. En esencia, se trataba de un nodo neuronal cuya función consistía en interceptar la conexión entre los miembros y el sistema nervioso central, que podía emitir sus propias órdenes directamente a las citoprótesis, con lo que alcanzaba una precisión que no tenía nada que envidiar a la robótica, mejorando incluso aspectos como la retroalimentación, que se aprovechaba de la complejidad del sistema sensorial humano. Gracias a los nodos-reflejo y a la proliferación de implantes profesionales específicos, las fábricas volvieron a llenarse de trabajadores y, aunque la situación en los últimos tiempos parecía un poco estancada, se propició un clima adecuado para afrontar la revolución social con menor urgencia y crispación.

Incluso Isabel se había beneficiado de este sistema. Si se concentraba, podía percibir sus manos atareadas en el ensamblaje de algún aparatito electrónico. Gracias a su nodo-reflejo, sin necesidad de adiestramiento, manejaba el microsoldador con precisión y sin riesgos, repitiendo las veces que hiciera falta el mismo trabajo monótono sin flaquear ni incurrir en el más mínimo error, y a una velocidad muy superior a la que jamás hubiera soñado adquirir. Mientras sus manos estaban ocupadas, su mente era libre para divagar, disfrutar de algún audiovisual o buscar información en bases de datos... al menos mientras no aceptara la propuesta que acababan de hacerle.

—Entre, Isabel —le habían dicho—. Quisiéramos ofrecerle una gran oportunidad. El Departamento de Recursos Humanos la considera la persona idónea para ensayar un proyecto piloto

que permitiría a la empresa dar un salto cualitativo y reforzar su situación predominante en el sector de la microelectrónica de consumo.

Y así, con ese estilo tan recargado, le hicieron la propuesta y especificaron los términos económicos del acuerdo. La habían dejado aturdida con tanta palabrería y tanto número y la habían despedido con un seco «Piénselo, ¿de acuerdo?». No había hecho otra cosa en todo el turno, y seguía tan lejos de llegar a una decisión como al principio.

El repaso histórico había sido instructivo, ya que nunca se le había ocurrido estudiar con tanto detalle algo tan cotidiano como los citoimplantes, pero no estaba segura de qué enseñanzas podía sacar de todos aquellos datos en bruto. En cierto sentido, lo que le habían propuesto era una evolución lógica del proceso. De hecho, ahora que lo pensaba creía recordar algo que había visto sobre transformar la tecnología de los nodos-reflejo para adaptarla a una función organizadora en zonas infrautilizadas del cerebro. Hasta creía recordar el nombre que le habían dado, algo así como bulbos interfásicos. Conseguir nombrarlo la tranquilizó un poco. Si podía darle un nombre se transformaba en algo menos extraño, menos preocupante.

—Deseamos aumentar el porcentaje de producción humana de la empresa —le habían explicado—. En la división de montaje ya hemos alcanzado el límite máximo de aprovechamiento, pero los chicos de Investigación han desarrollado un nuevo implante que nos permitiría ganar terreno en la faceta del procesamiento de datos. Para no aburrirla con detalles técnicos, podemos resumirlo en que, mientras esté ocupada en su turno, un implante neuronal inervará mediante nanoaxones un área infrautilizada de su cerebro y utilizará parte de su masa encefálica como *wetware* para el procesamiento de información. Será mucho más lento que un circuito convencional, pero los estudios indican que la complejidad de la red neuronal podría llevar a un procesamiento seudointuitivo que tal vez permitiría solventar problemas de cálculo difíciles de transcribir a un lenguaje lógico.

—¿No será peligroso? —había sido su reacción.

—En absoluto —le habían asegurado—. Ya ha sido probado con éxito en el laboratorio, ahora solo queremos comprobar su eficacia sobre el terreno.

—¿Notaré algo?

—Nos alegra que nos haga esa pregunta, porque ese es precisamente el punto más delicado y el que justifica la generosa bonificación que le ofrecemos. Verá, en principio se ha escogido un área en la que apenas se registra actividad, y solo en condiciones específicas, pero atendiendo a las teorías sobre el almacenamiento holográfico de la memoria en el cerebro, un pensamiento al azar podría llegar a desvirtuar el proceso de cálculo, así que resulta obligatorio que las funciones conscientes no intervengan.

—¿Qué quieren decir?

—La única diferencia con respecto a la situación actual será que el trabajador deberá estar dormido durante su turno. En realidad, muchos lo aprovecháis ya para dormir, solo que ahora sería algo inducido, y en el proceso generaréis riqueza que os será retribuida adecuadamente.

Eso había sido todo lo relevante, salvo el «Piénselo, ¿de acuerdo?» final. Pues bien, lo había pensado y seguía un poco indecisa. Por un lado, el dinero sería bienvenido, y era cierto que llegaba un punto en que lo mejor que se podía hacer durante el turno era dormir, pero algo dentro de ella se resistía a ceder el uso de su cerebro. Por otra parte, nunca se había parado a considerar lo mismo respecto a sus manos. ¿Acaso había tanta diferencia entre uno y otras? Contemplando la evolución de la tecnología parecía un paso lógico y necesario. Si ella no accedía a probarlo, algún otro lo haría, y al final sería de todas formas cuestión de adaptarse o ir despidiéndose de su empleo. ¿Qué importancia podía tener un nanoimplante más?

«Piénselo, ¿de acuerdo?».

Se lo estaba pensando. Y cada vez lo tenía más claro.



Receta médica

Por: Román de la Cruz





Creí que era algo malo pero eran tan solo mis ansias de matar. Recuerdo mi primer síntoma como el vaho de una voz dentro de mi pecho, algo indomable, definitivo, que fue subiendo a través de mí hasta llegar a mi sien izquierda. Tal vez sin saber por qué, llevaba mis dedos hacia esa zona e hincaba con ellos mi cabeza, como escarbando (desenterrando), como tratando de llegar a mis pensamientos. Hasta que un día vi un poco de sangre en mis uñas y decidí ya no hacerlo.

Nadie preguntó por qué llevaba un pequeño esparadrapo en mi cabeza, me saludaban con normalidad, casi con familiaridad, como si me conocieran y yo les tendía la mano ensangrentada sin que se dieran cuenta de ello. No, no podía dejar de hacerlo, por las noches aquel impulso se agolpaba en mi sien de nuevo. Entonces solo levantaba un poco el pedazo de tela y mis dedos buscaban por sí mismos la herida, ya no me rasguñaba, pero sí dejaba descansar mis yemas sobre el punto que se sentía más caliente y ello me relajaba (controlaba) hasta quedarme dormido.

Al principio no pensé que fuera un problema grave; no le hacía daño a nadie, así que, a pesar de que comencé a sentirme cansado en demasía, no quise ir al doctor. Me convencí de que sería algo pasajero y felizmente, con el tiempo, dejé de sangrar con tanta abundancia; recuperé mi energía y ahorré mucho en esparadrapos. Pero aún me veía con la sorpresa de tener los dedos ensangrentados todo el tiempo. Manchaba de sangre todo lo que tocaba, estropeé documentos muy importantes, manuscritos invaluable, obras de arte que solo yo podía tocar. Se había convertido en algo incontrolable (inevitable) y a pesar de que me lavaba las manos cada cinco minutos, veía que mis uñas traían un poco de sangre cada vez que me distraía.

Les tenía pánico a los doctores; tuve que admitirlo frente a ella, y no iba a soportar a uno diciéndome qué era lo que yo tenía, como si me conociese, como si supiese algo en realidad acerca de las personas. No, ni hablar. Pero tuve que ir; ella me lo recomendó (exigió) al verme asediado por un insoportable dolor de cabeza, diciéndome que le preocupaba que tuviera la misma herida durante meses. Sí, ella lo había notado. Me sentí conmovido, la abracé, y ella respondió con una sonrisa que nunca me había mostrado. Me dolió el tener que marcharme, antes de que se diera cuenta de que había manchado su blusa.

Lavé mis manos por vigésima vez en el día, y fui, resignado, ante aquel que debiera decirme qué hacer con mi vida. Ya frente a él y a la perfecta blancura de la habitación, con mi sien a punto de reventar, sentí una gota de sangre a punto de caer de mi pulgar. Gracias a que soy zurdo, él vio con extrañeza la forma en la que le di la mano derecha para saludarlo, en mi afán de no permitir que supiera lo que me pasaba. Le relaté lo del dolor en mi cabeza, y él se acercó con unas pequeñas pinzas para retirar la venda, pareció espantado, en un gesto de asco y curiosidad involuntario. En mí solo existía (cabía) ese palpito, cada vez más acelerado.

Remembro solo mis manos embadurnadas de sangre y el cadáver del doctor en un mosaico de luces rojas, negras y blancas. Mi herida ha sanado completamente, me siento mejor que nunca, un hombre nuevo. En la televisión han puesto mi fotografía, la crónica de lo que ellos han denominado como la debacle de un intelectual y, para terminar, una entrevista a ella pidiéndome que me entregue. Ni que estuviera loco. También pasaron imágenes de la clínica y el testimonio de una enfermera que relataba lo que halló después de que, según dice, salí corriendo: «...y el pobrecito estaba tendido en el suelo con un pedazo de tela en la mano...». Se enjuga las lágrimas y me maldice. La veo sin remordimientos, sin entender por qué odiaba tanto a los de ese tipo profesión. Fue una tontería lo de mi miedo a los doctores, después de todo, estoy curado (saciado).



Moderador

Por: Miguel Ccasani Condo





o suelo escribir en mis redes sociales. Lo hago cada vez que quiero, y mayormente no es nada importante. Sin embargo, en los últimos meses no ha sido fácil actualizar mi estado.

Tengo agregados en Facebook, aparte de la actriz Madeleine Jhonad, a mis familiares, amigos y conocidos. Tengo a Robert, compañero de Christian, un amigo cercano. Él tiene a mi sobrino Navarrito, a mi cuñado y a mi exnovia. Ella tiene, entre varios, a Perlita, a un conocido del trabajo y mi profesor de Filosofía. Este profesor tiene a casi todos los docentes de la facultad y los amigos de la base. Ellos me tienen a mí, a mis hermanos, a mi tío Ladislao, también a la Madeleine Jhonad, etc., etc., etc. Todos agobiantemente activos y actualizados en sus muros.

Pero mi tío Ladislao ya lleva muerto hace más de dos años, y mi sobrino Navarrito es hijo de un supuesto hermano que, según sé, nunca tuve.

Preferí ignorar los hechos. No quise cuestionarme por estas rarezas hasta notar que Madeleine Jhonad, mi actriz favorita, había desaparecido de la web. Extrañamente su nombre dejó de ser ubicable. La busqué en Twitter y su cuenta, que antes contaba con 1 457 420 seguidores, tampoco existía. Busqué en blogs concernientes a Hollywood, filmes o revistas de chismes y obtenía lo mismo. Sus videos en Youtube, incluidos su nominación a un Globo de Oro y su escandaloso beso con Jessica Simpson, habían desaparecido. Y aunque las fotos de los eventos a los que asistía aún estaban en línea, ella no figuraba en ninguna de ellas. Por último, escribí en el buscador de Google “Madeleine Jhonad” y la búsqueda no obtuvo resultados.

Preocupado, llegué a creer que si preguntaba a alguien sobre Madeleine Jhonad la tomarían por una total desconocida. Preferí no preguntar.

En esos días de preocupación entré en sesión a Hotmail, algo que no hacía muy seguido, para quizás hallar alguna referencia sobre ella en mis mensajes. Noté, extrañado, que un *moderador* (así figuraba su nombre) me había enviado un mensaje en el cual solo figuraba un link. Mi primera impresión fue creer que era publicidad en línea, pero me sorprendió notar que solo era una vista satelital de mi barrio, cortesía de los servicios de Google Maps. Y vi que mi casa no existía en mi barrio, no figuraba en el mapa.

Suspiré hondo. Recuerdo que le respondí el mensaje: «¿Qué está sucediendo?».

Ya han pasado varios meses desde que logré comunicarme con los *moderadores*. Me explicaron el fenómeno. El día cotidiano, las constantes preocupaciones y nuestra vida como usuarios de Internet habían alterado nuestra realidad, haciéndola cada vez más imperceptible y diluyéndola ante nuestros ojos. La naturaleza y las ciudades más allá de nuestra rutina dejaban de existir, y nadie lo sabría hasta ser notificados por Facebook. El mundo, literalmente, desaparecía ante nuestros ojos, y no lo creeríamos hasta verlo en Twitter. Siendo el Internet el medio de comunicación más directo, resultó ser lo único que podría mantenernos activos en este mundo cada vez más difuminado. Era necesario retardar su caída para evitar el caos total, creando una realidad virtual formada de noticias y acontecimientos ficticios: Si la gente ve que el mundo sigue su curso por Internet, lo asumirá como verdad.

Este tipo de realidad se sustentaba entonces en millones de noticias virtuales, videos y posts creados para la ocasión, y semejante trabajo tenía que contener algunos errores en el sistema. Eso sucedió conmigo, que vivía en una casa que no figuraba en Google Maps, que agregué en Facebook a personas fuera de su debido tiempo, o que seguía a actrices que, por error, no debieran existir.

Me aleccionaron. Me enseñaron a crear sucesos para rescatar “lo poco que queda de lo que alguna vez se conocerá como vida”. Hasta ahora he creado un galán de Hollywood, un desastre natural en Asia y una controversia política en Escocia, todos ellos con su contexto para su mejor simulación. Los *moderadores* dicen que están satisfechos con mi trabajo, pero personalmente no lo creo: Haré un buen trabajo cuando haga a un actriz lo mitad de buena de lo que era Madeleine Jhonad.

Ese es mi proyecto ahora. Mientras tanto, en mis redes sociales solo se me ocurre escribir: «¿Qué está sucediendo?».



Servicio de medianoche

Por: Jesús Manrique Castillo





En la segunda noche de luna llena en un cielo a medio cubrir por densas nubes. La carretera se veía entrecortada por un velo de sombras, consecuencia de los cerros que se elevaban en la zona. Una noche como cualquier otra. Conducía el taxi de vuelta a la ciudad, tuve que realizar un trabajo que me movilizó más lejos de lo que esperaba, pero la paga fue buena. Encendí la radio para despejarme un poco y tratar de alejar el sueño que ya me rondaba. A la distancia, bajo un árbol a un lado del camino, un joven estiraba su mano tratando de captar mi atención. Pensaba obviarlo y continuar mi viaje, pero el retorno era largo y no me venía mal un trabajo extra y algo de dinero adicional. Parecía estar algo agitado. Me detuve, bajé la ventana y le pregunté a dónde se dirigía.

Me preguntó cuánto le cobraría para llevarlo de vuelta a la ciudad. Le dije que estaba de suerte, ya que me encontraba de camino. Acordamos el precio y le dije que suba. Abrió la puerta posterior y, con mucho esfuerzo, metió un gran saco que, no me había percatado, traía y, al parecer, lo venía arrastrando. Se veía pesado y lo acomodó lo mejor que pudo en el asiento trasero, pegándolo lo más que pudo a la ventana. Subió, se acomodó y exhaló más aliviado, pero al final parecía contento.

Le pregunté qué hacía solo en medio de la nada. El joven alegremente me contó que había estado de excursión visitando las fiestas en el pueblo de Tondruna, a hora y media a pie de aquí. Un camionero le había dado un aventón hasta la carretera, pero su ruta era hacia el lado contrario. Al ver que no bajaban vehículos decidió emprender la marcha y esperar tener suerte a que pasara alguien para que le dé un aventón.

Era un muchacho jovial y conversador. Me contaba acerca del viaje que había estado realizando con su novia y que lamentablemente se presentó una situación que lo forzó a retornar a la ciudad por su cuenta. Me sonó extraño, pero a pesar de ello el muchacho mantenía el buen ánimo y me seguía contando sobre el resto de su viaje.

Al llegar al puente de la Dama Blanca sentí un olor muy desagradable, como si se tratase de agua empozada. Pensé inmediatamente que una de las canaletas de desfogue cercanas se había bloqueado con plantas acumuladas o que quizás había algún animal muerto, lo cual explicase el fuerte olor. Cerré por unos instantes las ventanas, pero eso solo hizo que fuese más intenso. Podría jurar que en ese momento me pareció escuchar los sollozos de una mujer, pero el joven me animó a abrir por completo las ventanas de atrás para que el viento permitiese ventilar el interior del vehículo y así poder respirar mejor.

Continuamos el viaje mientras el muchacho, animado, continuaba contándome acerca de los lugares que había visitado. Una vez llegamos al destino que me había indicado, una pequeña casa la entrada de la ciudad, me pidió que le espere un momento, ya que iba a traer a alguien para que le ayude a bajar el gran bulto que había subido. Me ofrecí a ayudarlo, pero me indicó que no quería incomodarme y que solo le tomaría unos minutos regresar. Accedí y decidí esperar.

El frío empezó a arreciar; decidí cerrar las ventanas y encender la calefacción mientras esperaba. En ese momento me percate del desagradable olor que había percibido al cruzar el puente. Empecé a buscar qué podía ser, hasta que escuché un débil sollozo que iba creciendo en fuerza hasta desencadenar en un llanto escalofriante.

Mis pensamientos se bloquearon, la sangre se me congeló y me sentí desfallecer al darme cuenta de que el sonido provenía del asiento trasero donde el muchacho había dejado el gran bulto. Al mirar en su lugar, había una joven sentada con la cabeza inclinada hacia adelante con piel muy pálida, con un vestido de las mismas características que el saco sucio y maltratado que el joven había montado.

Solo atiné a salir espantado del mi vehículo y a alejarme corriendo con dirección a la casa donde había ingresado el muchacho. Tal fue mi desesperación que no me percaté de lo que había delante de mí hasta que choqué contra algo y perdí el equilibrio y caí aparatosamente al suelo.

Era una mujer la que estaba a mi lado que, con el impacto, también había caído. En ese momento no podía calmarme y traté de arrastrarme para alejarme de ella. La mujer se puso de pie, con obvia dificultad, quejándose por el golpe que le había propinado. Era una mujer mayor y me hablaba con mucha calma para tranquilizarme. Con dificultad traté de explicarle lo que había visto dentro de mi auto: un espectro del más allá que había invadido mi vehículo.

La mujer me miró con preocupación y me pidió calmarme. Se limpió las ropas y se acercó lentamente a mi vehículo. De repente, la puerta trasera se abrió lentamente del lado donde había visto al espectro.

Desde mi ubicación pude ver que un pie descalzo y sucio descendía con torpeza. Una mano pálida se sujetaba de la puerta con dificultad, pero al parecer carecía de la fuerza suficiente como para mantener al resto del cuerpo, cayendo pesadamente al suelo.

La anciana, al ver esto, retrocedió unos pasos, pero al mirar bien la situación se apresuró a ayudar a la joven que había caído aparatosamente.

Mi terror empezó a ceder de poco en poco, pero no lo suficiente como para permitirme moverme de mi lugar hasta estar seguro de que no había peligro alguno.

La anciana ayudó a poner en pie a la joven y me llamó para que la ayudase, pero yo aún no entendía lo que sucedía. A duras penas, la mujer levantó a la joven y empezó a dirigirse hacia mí. Su aspecto era terrible, tal como lo recordaba hace unos instantes, pero la veía menos espectral como cuando la encontré en mi auto. Me puse de pie con algo de torpeza y me dirigí hacia la anciana para ayudarla. Ambos llevamos a la joven al interior de la casa donde se supone que había entrado el muchacho hace rato. La mujer llevó a la joven al interior y me pidió que esperase unos minutos. El frío empezaba a hacerse notar después del susto que me había llevado.

Veinte minutos después salió la anciana agradeciéndome el haber traído a su hija de vuelta a casa. Yo continuaba sin entender nada y procedí a contarle lo que realmente había pasado. Ella escuchó atentamente mi relato. Al terminar, la mujer me quedó mirando con ojos enjugados en lágrimas, puso una de sus manos en mi hombro y me explicó.

Hace tres años, su hija y su novio, mientras regresaban de viaje, recogieron a un hombre que les pidió un aventón en la carretera. Este hombre resultó ser un criminal que había escapado de la cárcel y se encontraba huyendo, pues a su paso solo dejaba tragedias para las personas que se cruzaban en su camino. Les pidió que lo llevaran hasta cierto lugar donde, una vez seguro de que no hubiese inconvenientes, desataría su salvajismo.

Golpeó salvajemente al joven y lo dejó muy mal herido. Luego se dirigió donde su hija y dio rienda suelta a sus bajos instintos. En un intento desesperado de salvarla, el joven se abalanzó sobre el criminal, pero dada su condición no pudo hacer mucho al respecto. El sujeto lo apuñaló varias veces en el pecho.

Al asegurarse de que el joven estaba muerto continuó abusando de su hija. De no ser por una patrulla que pasó circunstancialmente por la zona, hubiese corrido la misma suerte que su novio. El criminal huyó antes de que los agentes se detuvieran a revisar el auto estacionado al lado del camino y se encontraran con la terrible escena. Llevando, pues, a su hija al hospital más próximo.

Cuando les comunicaron, salió junto con su esposo de inmediato hacia el hospital. El tiempo pasó y su hija no fue la misma, pues había quedado completamente traumatizada. Por las noches lloraba y gritaba terriblemente. Su condición, aunque físicamente se mantenía estable; pero su mente se iba deteriorando más y más, pues comenzó a llamar a su novio como buscándolo. Hasta el momento en que nos dijo que él estaba a su lado para protegerla y que siempre que se perdiese la llevaría de vuelta a casa, hasta que pudieran corregir el mal que les habían causado.

No es la primera vez que esto sucedía. Siempre alguien la encontraba en el camino deambulando por el lugar donde sucedieron los hechos. Las personas que la traían decían que venía siempre acompañada con un joven que indicaba ser su novio y les pedía que los llevaran hasta la casa. Para cuando ellos bajaban a ayudar no había rastro del joven, pero ella siempre se quedaba inmóvil en el auto. Desconcertados por la situación se acercaban a la casa y les explicaban lo que había sucedido.

Terminé de escuchar la historia de la anciana y quedé algo extrañado, pues lo que me había contado y lo que había sucedido hace unos minutos diferían en ciertos puntos. En ese momento, los nervios se me volvieron a poner de punta, pues acababa de recordar que ese fue precisamente un trabajo que realicé hace tres años y ahora, cayendo en la cuenta, fue precisamente en ese mismo lugar donde recogí a ese muchacho con el bulto. Ahora entiendo por qué el muchacho me resultaba tan familiar.

En ese momento, sentí el frío metal que atravesaba mi estómago; pues, con la otra mano, la anciana había ocultado, bajo las mantas que tenía encima para protegerse del frío, un enorme cuchillo de cocina con el cual me había incrustado rápidamente el cuerpo y sin darme tiempo de

reaccionar. La miré estupefacto y solo atiné a lanzarle un golpe en el rostro, lanzándola contra la puerta y haciendo que caiga de bruces al suelo.

Un dolor terrible se extendía por mi cuerpo. Saqué el cuchillo de mi estómago y me dispuse a lanzarme encima de la mujer para devolverle el favor. Sin embargo, no me había percatado de que detrás de mí había alguien que, al parecer, estaba levantando algo. Para el instante en que giré para intentar protegerme solo logré ver cómo el hacha que la joven tenía en alto descendía, con toda la furia que tenía contenida desde hace tres años, para incrustarse en mi cabeza.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net>

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

@: estudio@iotopia.net

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

El precio de la guerra

Por: Miguel Huertas





Le vieron aparecer por el camino del rey, con andar cansado y tirando de las riendas de una mula a la que llamaba *Rodaballa* por su impresionante fealdad y que había comprado en la anterior posta por seis piezas de cobre. Lo que primero destacaba del forastero era el rostro alargado y flaco, como perfilado a cincel, que aparecía bajo el áspero pelo gris, y sus ojos fríos y casi inexpresivos. Era un individuo muy alto y extraordinariamente flaco, y a primera vista guardaba cierto parecido con un perro triste y hambriento. El aspecto del hombre era algo intranquilizador, y se volvía inquietante al reparar en el gastado justillo de cuero y hierro, marcado aquí y allá por los arañazos del acero, y la descomunal espada con la que cargaba, una pieza de acero tan pesada que el desconocido casi parecía arrastrar más que portar.

Franz se mantuvo firme y esbozó una sonrisa cálida algo forzada cuando el forastero se acercó. Sus hijos retrocedieron un tanto, amedrentados por la brutal apariencia del hombre. A él no le importó. Después de todo, aún eran chiquillos imberbes, y tenían tiempo de endurecerse antes de hacerse cargo de la posta. Pese a su intranquilidad, ambos se quedaron, y sabía que los dos chavales pronto estarían contando historias sobre el extraño que crecerían como una bola de nieve cada vez que las relatasen. Franz apostaría las pocas piezas de cobre que tenía en la bolsa a que, según el relato de sus hijos, el siniestro forastero se convertiría pronto en un mercenario; a la siguiente luna, en un desertor fugitivo, y para la próxima estación ya estarían hablando de aquel señor de la guerra rebelde que pasó por su posta una vez. Cosas de chiquillos.

—Buen día, compadre —saludó el forastero con voz cascada cuando ya estuvo lo suficientemente cerca.

—El de Dios —contestó Franz aunque después lanzó una mirada al cielo plomizo y añadió: —Aunque no sé yo si tiene mucho de bueno.

El desconocido no dijo nada, pero parecía estar de acuerdo, ya que se arrebujaba en una capa parda que había visto días mejores y sus ojos brillaban febriles bajo unas grandes ojeras.

—Veo que el viejo Fill finalmente se ha deshecho de esa mula cascarrabias. Lo siento, amigo, pero no quiero a esa bestia mal encarada cerca de mis animales, así que no hay posibilidad de cambio. Espero que no pagase más de dos piezas por esa mala bestia.

El extraño miró al animal y, al otro extremo de las riendas, la mula deformó aún más su aspecto en lo que parecía ser una mueca sardónica, y lanzó un mordisco al aire. Después, el hombre miró con gesto ausente por encima del hombro, en dirección a la posta de Fill, y Franz vio brillar acero bajo la gastada capa. Era un puñal de hoja curva, envainado en la parte de atrás de la espalda, oculto al primer vistazo. Un arma de asesino. Franz sintió un escalofrío y temió por un segundo que sus estúpidas palabras llevasen al extranjero a volver sobre sus pasos y rebanarle el cuello al viejo timador con esa macabra herramienta de carnicero. Fill intentaba siempre aprovecharse de los viajeros cansados o incautos, y a él no le caía bien, pero no creía que mereciese ser degollado. Le espantaba que sus palabras precipitadas desencadenasen su muerte.

Pero el forastero se encogió de hombros, y esa sensación de tragedia desapareció del pecho de Franz. El desconocido dijo:

—No creo que nadie pagase más de dos piezas por mí—. Miró a la mula, que bufó, y luego volvió a mirar hacia delante. —Nos llevaremos bien.

—Me alegro, señor —repuso Franz ocultando el alivio que realmente sentía. ¿Qué se le ofrece?

—¿Está muy lejos la siguiente aldea?

—¿Cruce del Calderero? A legua o legua y media, depende de cómo se cuente. No más de medio día de pateo, señor.

El forastero sorbió por la nariz y asintió, y Franz se vio obligado a añadir:

—Allí hay buenas posadas, y baratas, si me permite añadir. Le recomiendo que pase algunas noches bajo techo y coma caliente si tiene pensado seguir la partida de guerra del condestable para alquilar su espada. Las tierras se vuelven cada vez más frías y húmedas en el camino del norte.

—Gracias, compadre, pero no voy tan lejos.

El desconocido continuó su camino tironeando a cada paso de las riendas de la mula y algo encorvado bajo el peso de esa espada brutal.

Franz se alegró de perderle de vista. Sus hijos estuvieron contando la anécdota durante un par de estaciones.

El resplandor de la hoguera formaba un círculo de cálida luz anaranjada; más allá de él, los árboles eran solo formas retorcidas que crujían y susurraban en la noche. Había un hombre junto al fuego que contemplaba las llamas con gesto ausente, y de vez en cuando salía de su ensimismamiento para afinar las cuerdas del laúd que llevaba apoyado sobre las piernas. Las manos que manipulaban con delicadeza la llave del instrumento eran grandes y fuertes, curtidas por el trabajo.

Era difícil apreciar la altura del hombre, pues estaba arrodillado. Era por lo menos una cabeza más bajo que Domenec, pero tenía los hombros anchos y fuertes, y un cuello de toro bajo la cerrada barba castaña. Parecía un leñador, podría pasar por mercenario con algo menos de luz, pero desde luego no tenía aspecto de músico.

El forastero carraspeó sonoramente al borde del círculo de luz de la hoguera. El otro tipo salió de su ensimismamiento y dio un respingo; por un momento pareció estar echando mano de algún tipo de arma, pero después de un segundo quedó patente que era un ademán protector con respecto a su laúd.

—No pretendía asustar a nadie, compadre —murmuró el forastero, parándose un segundo para sorber por la nariz—. Pero estoy corto de yesca, he perdido el pederrial y me gustaría compartir el calor de tu fuego.

Era consciente del aspecto que debía presentar: una sombra alta y flaca apareciendo de las sombras, en la que se apreciaba la forma de una gran espada.



El hombre junto a la hoguera soltó una imprecación y, por un momento, temió haber resultado demasiado inquietante.

—Un fuego no te hace posadero, pero ayuda al compañero, ¿eh? —masculló el hombre con voz grave—. Sé bienvenido.

Un acceso de tos le impidió responder mientras hacía tumbarse a la mula y se sentaba junto al fuego.

—Parece que sí, que necesitabas el calor del fuego, amigo —dijo el músico con voz jovial, pero el forastero vio cómo sus ojos recorrían de arriba abajo la forma alargada de la espada.

—He tenido un par de días malos, pero nada que una noche junto al fuego y otra en una posada no puedan apañar, consiguió responder tras beber un sorbo de agua. Soy Domenec.

—Me llamo Tem. Temard.

—¿Tem, el bardo?

El hombre se pasó una mano por la barba y rio con una carcajada sonora, dando una palmada en el laúd, y respondió:

—No apuntes tan alto. Toco canciones que la gente puede cantar a gritos cuando se ha echado al colete más cerveza de la aconsejable, y eso me permite comer caliente y dormir bajo techo algunos días.

El forastero sacó un pedazo de carne en salazón y se puso a masticarla muy despacio después de que Tem hubiese rechazado un trozo. Durante un momento solo se escuchó el crepitar de las llamas y el sonido que hacía Domenec al masticar.

—¿Por qué no cargas la espada en la mula? Parece pesada —preguntó Temard, rompiendo el silencio.

El forastero se arrebujo en la capa, como presa de un súbito escalofrío, y dijo en voz queda:

—Yo debo cargar con ella.

El silencio pareció posarse sobre ellos de nuevo, pero Tem volvió a espantarlo.

—¿Vas al norte?

—No se me ha perdido nada allí.

El músico pareció relajarse.

—¡Mejor! —dijo. No me gustan los soldados.

—He visto los campos cuando aún era de día, destrozados por cientos de cascos. Más tarde he sabido que los jinetes del rey han tomado este camino para ir al norte —comentó el forastero con gesto comprensivo—. Supongo que los recaudadores seguirán exigiendo los mismos impuestos a las gentes que trabajan la tierra sin importar que sus terrenos hayan quedado aplastados en nombre del reino.

—Ya sabes que así será —replicó Tem con gesto amargo, y después añadió—: Y eso es cuando aún no se han bajado del caballo, pero cuando lo hacen... La única diferencia entre un soldado y un criminal es que uno de ellos viste los colores de la corona.

—¿Ha habido problemas?

—No, ningún problema. —Tem se pasó una mano por la barba áspera y oscura—. Por ahora. Los meses pasarán y la guerra se estancará. Entonces volverán a bajar. Carroñeros, desertores, exploradores, forrajeadores. Todos distintos, todos iguales: muy lejos de su hogar y acostumbrados a matar. Es siempre así; sé algo de guerras. —Incorporado hacia delante y con el ceño fruncido por el enfado, la apariencia de leñador del músico desaparecía casi por completo. Domenec comenzó a silbar en un tono apenas perceptible *La lanza, la cabeza y mi jarra de cerveza*, una conocida tonada militar. Tem tomó el laúd y tocó las notas finales del estribillo con cierta tristeza. Después sonrió de mala gana y dijo:

—¿Estuviste en la última?

—¿La última guerra? Parece que fue hace cien años.

—Qué curioso. A mí me parece que fue ayer mismo.

El forastero no tenía nada que decir, así que asintió en silencio.

—Pero no te preocupes, prosiguió Tem. Cruce del Calderero, si es allí a donde vas, y apostaré que sí, tiene más riqueza que la que le proporcionan esos campos pisoteados que has visto.

—¿Debería eso importarme?

—No hay muchos tipos de personas que viajen por este camino. Si no eres alguien que pretende alistarse, sea en el ejército de rey o en el bando rebelde, ni un mercenario que quiere vender

su espada, solo quedan dos tipos de personas que vayan a Cruce del Calderero. Quienes esperan poder contar la historia —Tem señaló a su propio pecho con su gran pulgar, y después apuntó al forastero con el índice— y quienes van a matar al monstruo.

El forastero frunció el ceño lentamente y entrecerró los ojos.

—¿Monstruo?

El músico rio entre dientes, y el aura de amargura militar que le rodeaba se disipó como un mal sueño. Cuando habló, parecía un campesino que relataba una historia de terror a sus chiquillos.

—Por lo visto, un monstruo ha estado aterrorizando a las gentes del lugar. Un duende dicen, travieso algunas veces, cruel otras. Los campesinos y campesinas de por aquí se han estado quejando durante tres o cuatro estaciones, y al final han molestado tanto a lord Sinklars que ha tenido que poner precio a la cabeza del duende. Dicen que una pieza de oro. Así que Cruce del Calderero se está llenado de veteranos empobrecidos, cazadores desesperados, charlatanes de todo tipo, y también músicos aburridos —sonrió—. Pensé que irías en una de esas definiciones.

—Solo en la de viajero constipado —confesó el forastero.

—Pero una pieza de oro es una pieza de oro.

—Eso no puedo negarlo.

Hablaron un rato más acerca de la cerveza floja del sur y del brebaje oscuro y fuerte que llamaban cerveza en el norte, del estado de los caminos, de las dementes oscilaciones de los precios en tiempos de guerra, y de que las cosas ya no eran como antes. Pero evitaron hablar del verdadero precio del oro, el de la sangre, y fingieron no haber recordado la última guerra ni las vivencias selladas con cicatrices. Lentamente, la conversación se apagó igual que iban disminuyendo las llamas de la hoguera, y ambos viajeros parecieron dormir arrebujados en sus capas.

Al despuntar el alba continuaron el camino con el frío metido en los huesos, y llegaron al pueblo poco antes del mediodía. Cruce del Calderero había sido próspero en un tiempo, y se notaba. La iglesia que se alzaba por encima de las casas era de piedra, la vía principal estaba empedrada, y en general no tenía el aspecto miserable y frágil de otras aldeas más pequeñas que el forastero había visto en su camino aún no concluido hacia Tres Alisos. La plaza de mercado, en la que destacaban los gastados soportales de piedra de una época pasada, había sido un punto de encuentro para las caravanas que bajaban desde el norte, el sur o el oeste. En realidad, el cruce de esos tres caminos era lo que había dado al pueblo tanto su nombre como la riqueza para desarrollarse. Sin embargo, los comerciantes y sus caravanas habían descendido en número, desanimados por las guerras y los peligros de que acechaban en los caminos y, aunque el mercado de Cruce del Calderero se mantenía un día a la semana, estaba lejos de lo que un día fue. Algo alejadas del centro urbano se podían observar media docena de casas que un día estuvieron ocupadas por habitantes del pueblo. La naturaleza le había ganado terreno a la civilización, y todas ellas tenían el techo derrumbado y eran presa de las hiedras; pronto, el bosque se las tragaría.

Aun así, el pueblo vivía ajeno a su decadencia, y el fuego que ardía en la posada principal era cálido como el corazón de un niño. La Barba Manchada era un buen lugar; la sala común era espaciosa, forrada de madera, y en el piso de arriba había cuartos individuales para los visitantes más ilustres. Mientras Domenec se arrastraba hasta una mesa cerca del fuego y tiritaba allí, envuelto en su capa, Tem entró en duras negociaciones con la posadera. Enda era una mujer algo mayor, de poderosa osamenta, que hacía las veces de mariscal de la posada y manejaba a sus hijos como a un pelotón de soldados bisoños y perezosos.

—Bueno, no ha ido mal —murmuró el músico una vez se hubo sentado a la mesa con el forastero—. Tocaré por las noches a cambio de un cuartucho arriba y lo que haya en la cazuela. La posadera se acercó a su mesa con grandes zancadas.

—Sé cómo son las tabernas que hay por ahí, pero aquí tenemos unas reglas —gruñó Enda, poniendo los brazos en jarras—. Poned orejas, porque la más importante es la siguiente. Esta noche, en realidad todas las noches, sirve las mesas una muchacha, Bria —señaló hacia atrás con el pulgar—. Detrás de la barra había una mujer joven de pelo castaño y cara redonda que limpiaba una jarra con gesto ausente. —Es tímida, y habla poco. No me importa lo que salga de vuestra boca, pero sé que las mozas de las tabernas tienen que aguantar que les tiren pellizcos o les metan la mano por debajo de la falda. Aquí no. No me importa si sois tipos duros—. Miró de arriba a abajo la espada que el forastero había apoyado contra el borde de la mesa. —Esta posada está bajo la protección de lord Sinklars. Si os pasáis con Bria, tendréis problemas.

—Buena mujer, nosotros no somos ese tipo de hombres —dijo rápidamente Tem con ademán apaciguador.

—No soy una buena mujer, señor músico. Y por lo que han visto estos ojos, cuando un hombre bebe, lo que hay bajo sus pantalones toma el control de su cuerpo. Y Bria no lo pasó muy bien con los hombres durante la última guerra, así que las manos en los bolsillos.

—Eso haremos —dijo sucintamente Domenec.

—No todos los hombres somos como piensa esa mujer —gruñó el músico cuando la posadera se hubo alejado.

—¿Puedes culparla? Mira a esa chica, piensa en cuántos años tenía en la última guerra y piensa en los soldados que creyeron que los colores que llevaban les daban derecho a tomar lo que se les antojase —El forastero se encogió de hombros—. La guerra abre de una patada esa puerta tras la que guardamos nuestros demonios. Y hay demonios en todos los corazones.

—Me gustaría discutirte, pero no puedo —suspiró Tem, y luego añadió—: Creo que eres un buen hombre.

Los ojos de Domenec se desviaron un instante hacia la forma alargada de la espada, un recuerdo y un peso que siempre le acompañaba.

—No siempre creemos en la verdad.

Después de comer el caldo caliente y sabroso que hacían en la posada, y de dormirar junto al fuego buena parte de la tarde, Domenec sintió cómo el frío húmedo del camino abandonaba poco a poco sus huesos. A lo largo de la tarde fueron dejándose caer algunos individuos de aspecto extraño, al menos a juzgar por las miradas ácidas de Enda. Tem había dicho que la pieza de oro prometida por Sinklars había atraído a veteranos empobrecidos, cazadores desesperados y charlatanes de diverso tipo, y no le faltaba razón.

Aldo y Emeric parecían salidos directamente del molde de mercenario. Ambos tenían barbas crecidas, llevaban armaduras de cuero endurecido y estaban cómodos lanzando miradas de pocos amigos a diestro y siniestro. Aldo era un joven moreno, flaco y nervioso, y nunca se separaba de una daga de grandes dimensiones que llevaba a cinto. Emeric, por el contrario, tenía la barba entrecana y la constitución de un toro, y parecía acostumbrado a partir cuellos con sus manazas de nudillos cubiertos de cicatrices.

La categoría de cazadores desesperados estaba ocupada por Pat, un tipo silencioso de cara fina y delicada que cubría a medias su pelo castaño rojizo con un simple gorro de cuero y se sentó en un rincón a esperar. El forastero juzgó su andar gatuno y cauteloso, y decidió que ese hombre podría seguir un rastro durante horas en pleno bosque sin que sus botas arrancasen ni un chasquido del suelo.

Moritz entraba en el último saco: los charlatanes. Entró en la posada con andares majestuosos, con el extremo inferior de su túnica marrón ondeando levemente detrás de él. El brillo astuto de sus ojos quedaba eclipsado por la docena de amuletos diferentes que llevaba colgando del cuello —por lo menos había una cruz, un nudo celta, y una pata de conejo tallada en madera—, y tenía una perilla larga y retorcida como la de los hechiceros de las canciones. Se presentó como curandero, alquimista, protector de secretos arcanos y defensor de las fuerzas del bien ante todo el que quiso prestarle una oreja. Tem bufó con incredulidad, pero el forastero observó desde el otro extremo de la sala común cómo los mercenarios escuchaban atentamente y con cierta reverencia las historias que Moritz relataba señalando alguno de los amuletos de cuanto en cuando.

A medida que la luz del sol iba decayendo, los hijos de Enda avivaron la hoguera, y la sala común se llenó del tranquilizador rumor de las llamas. Bria iba y venía con bebidas y viandas de olor apetitoso, y cada vez fueron entrando más personas del lugar que miraban con curiosidad a los extranjeros. Domenec recibía algunas miradas de inquietud e interés, pero lo cierto es que buena parte de la atención se la llevaban los mercenarios y, sobre todo, la indumentaria y los pintorescos relatos de Moritz, así que se sentía casi parte de la masa anónima. Emeric y Aldo también miraban a Bria con algo más que curiosidad, y de vez en cuando intercambiaban comentarios y risas, pero sus manos nunca seguían a sus ojos. Enda debería haber mantenido con ellos la misma charla.

Llegado el momento, Tem ocupó una silla en el centro de la estancia, cerca de la barra y, manteniendo siempre una jarra al alcance de la mano, comenzó a acariciar las cuerdas de su laúd. Comenzó cantando una famosa canción de amor y desgracia, Deirdre de los pesares, y cuando hubo obtenido algo de atención del público continuó con una animada canción de taberna *Lo que quere-*

mos es beber. El origen de ambas canciones era celta, aunque ya nadie recordaba el sonido dulce de las arpas del pueblo del amanecer. El forastero conocía la segunda tonada, que los parroquianos coreaban golpeando las mesas con las jarras de cerveza, por el nombre de *Ev chistr ta' Laou*, una melodía melancólica y agridulce.

Los mercenarios estaban cogidos de los hombros y coreaban el estribillo a gritos mientras marcaban el ritmo con sus pesadas botas manchadas de barro. Detrás de la barra, Enda murmuraba la letra animadamente mientras se ocupaba de llenar jarra tras jarra de cerveza. Incluso Moritz había abandonado su papel de misterioso hechicero para abandonarse a la música, inclinándose hacia la derecha o la izquierda llevado por la melodía; tenía las mejillas marcadas por un vivo color rojo, quizá a causa del contenido del vaso de madera que sujetaba con una mano fina y cubierta de anillos.

El forastero vio por el rabillo del ojo cómo una pequeña figura se dejaba caer con cansancio en una silla a su derecha. Era una mujer de avanzada edad, con el rostro arrugado y el pelo blanco recogido en un apretado moño. Tenía la apariencia delgada y dura de las ancianas que han visto demasiadas cosas a lo largo de su vida.

—Corren malos tiempos, forastero —murmuró sin quitar la vista de Tem mientras este tocaba y cantaba una nueva canción.

—No sé si alguna vez han sido buenos, señora.

—Puedes llamarme Lyba, o abuela Lyba si quieres mostrar respeto —dijo la mujer con un guiño casi pícaro—. Cuando yo era joven, la paz del rey significaba algo. Los impuestos no eran tan sangrantes, los norteños no le habían cogido tanto gusto a las ballestas y viajar por los caminos no era jugarse el cuello. Uno de los mozos de una caravana me ha dicho que un mercenario hechizado por una bruja ha asesinado a un buen puñado de gente en Buen Arroyo, ¡el alguacil, la mitad de sus guardias, y un noble de por allí! Y ni siquiera han prendido aún al maleante. Podría estar en cualquier sitio. Malos tiempos, te digo. Y ahora, para colmo, tenemos un duende en el pueblo.

—¿Es cierto que es un duende, abuela Lyba? ¿Alguien lo ha visto?

—¿No lo crees? —preguntó la anciana entrecerrando los ojos.

—No tengo la arrogancia suficiente para decir que conozco cómo funciona el mundo, pero he viajado por algunos sitios. Allí donde he escuchado que se hablaba de brujas, hechizos o demonios lo único que había era miedo, ignorancia o falta de entendimiento.

—Muy educado, forastero, llamándonos un hatajo de ignorantes —siseó Lyba.

—No era mi intención ofenderte, ni a este pueblo.

La mujer puso la espalda muy recta y frunció los labios, pero asintió bruscamente para aceptar la disculpa.

—Lo vio Coll, el Pequeño, aunque supongo que ahora deberíamos llamarle Coll, el Ciego. Un pobre diablo, casi tan viejo como yo. ¡Lo que le faltaba a este pueblo, un duende! Eso espantará a las caravanas.

El forastero se inclinó hacia la anciana tras beber un sorbo de cerveza.

—¿Perdió la vista al ver a la criatura?

—Esas frases déjaselas a tu amigo el bardo, matamonstruos. El duende le vació los ojos, escarbó en ellos con sus manos de dedos finos y se los llevó.

—¿Y dijo ese hombre qué aspecto tenía el duende?

Lyba se dio un toque con un dedo en el puente de la nariz y se le acercó para confiarle:

—Coll, el pobre diablo, volvía al pueblo por el camino de las casas viejas al anochecer, pero nos dijo lo que había visto algo del monstruo. Un duende pequeño, la mitad de alto que un hombre, rápido y oscuro y cruel. Sin mediar palabra ni proponerle un acertijo le derribó y le quitó los ojos. ¿Dónde se ha visto que los duendes te quiten los ojos sin antes proponerte un acertijo o un juego? Ya ni los duendes respetan las tradiciones.

—¿El camino de las casas viejas es ese que...?

—Sí, donde están las casas que se echaron a perder y ahora están caídas.

Domenec asintió. Había visto los esqueletos de esa media docena de casas, un terreno que habían sido las afueras de Cruce del Calderero en algún momento, pero el bosque había vuelto a ganar terreno.

—La última guerra no fue buena para el pueblo, no —gruñó Lyba—. Había buena gente viviendo ahí. Pero los vientos de la guerra se los llevaron.

El forastero conocía esa última expresión. Era parte del estribillo de una canción llamada *Vientos de guerra*. Se alegró de que a Tem no se le ocurriese cantarla.

—Dices que has viajado. ¿Has aprendido en tus viajes cómo se mata a un duende?

—Todavía no he encontrado nada que el acero no pueda matar.

Los dos quedaron en silencio y miraron al frente, sin nada más que decir. El músico daba las últimas notas de la canción, y la clientela habitual de la posada parecía haber aprovechado bien el tiempo y hablaba bastante más alto que al principio de la noche. Emeric y Aldo recordaban alguna historia compartida y reían a carcajadas mientras hablaban interrumpiéndose en uno al otro. El charlatán, Moritz, relataba con petulancia alguna historia fantástica inclinándose demasiado hacia delante mientras hablaba con una muchacha de trenzas castañas que tenía la expresión de querer estar muy lejos de allí. El único que parecía impermeable al ambiente festivo era Pat, el silencioso desconocido con aspecto de cazador, que seguía en el mismo rincón, sopesando aparentemente el mismo vaso de vino del principio de la noche.

—¡Duendes! ¡Una de duendes! —gritó una voz que arrastraba las vocales desde algún punto de la taberna.

Poco después, varias voces más se unieron ruidosamente a la petición. La mayoría de las personas del pueblo estaban encantadas con la idea. Estaban asustados y querían saber más de esa criatura que les acechaba, pues el conocimiento mata el miedo.

Tem asintió y comenzó a tocar y a cantar una canción sobre ese misterioso pueblo de seres inmortales. Domenec desconocía el nombre de la tonada, pero la música era animada, y era en esencia una descripción de ese tipo de espíritus.

Con su voz grave pero hábil, el músico explicó al ritmo de la música cómo esos seres no eran humanos aunque en ocasiones podían adoptar la forma de una persona, y cómo vivían en un reino sobrenatural del que a veces podían salir. Narró que no eran malvados, esa palabra no se les podía aplicar, pues no conocían el bien ni entendían la moral, y por supuesto eran totalmente ajenos a las leyes de Dios o del rey. La Buena Gente, como debían ser llamados para no atraer su atención, simplemente querían divertirse: eran caprichosos, antojadizos y veleidosos. Eran deseo hecho carne, príncipes del caos y la locura, y lo que guiaba sus actos era simplemente la búsqueda de su propio placer, por lo que podían ser especialmente crueles: adoraban jugar, pero su juego podía ir desde una serie de acertijos hasta susurrar demencia en los oídos de las personas, o sacarles los ojos para jugar con ellos.

Tem carraspeó ruidosamente para llamar la atención de su disperso y beodo público una vez hubo acabado de cantar sobre la Buena Gente, y comenzó a tocar los primeros acordes de *Los hijos de Lir*. Era una canción triste y bastante conocida. Aoife, malvada hechicera y esposa de Lir, sentía celos de sus hijastros: Fionnuala, Fiachra, Conn, y Aodh. Arrastrada por su odio y su envidia, tejió un hechizo para convertirlos durante cientos de años en cisnes y así librarse de ellos, pero tuvo que enfrentarse al exilio por sus crímenes.

El forastero arrugó el gesto. Hacía tiempo, a él y a sus hermanos también les habían llamado los Tres Hijos de Lir. Aún recordaba cómo, junto con Maistr y Etain, solía corretear incesantemente alrededor de su mentor, Lir, hasta que este perdía la paciencia.

De pronto, la canción le resultó ofensiva y salió a grandes zancadas de la posada, entrando en el oscuro callejón y respirando grandes bocanadas de aire fresco para calmar los recuerdos.

—¡Domenec! —llamó una voz a su espalda.

El forastero se giró y vio que una figura delgada se recortaba contra la luz que salía de dentro de la taberna. Caminó hacia él, alejándose de la luz e internándose en el callejón con pasos de gato. Era Pat.

—Sabía que eras tú —dijo el cazador con lo que en la oscuridad parecía una sonrisa o una mueca—. No estaba seguro, pero me he convencido al ver la cara que ponías cuando ha tocado esa versión mutilada de *Ev chistr ta' Laou*, y he sabido que estaba en lo cierto al ver que no podías seguir escuchando la última canción.

El forastero separó las piernas y buscó la espada, sin encontrarla. El efecto de la canción, la cerveza y la precipitación le había hecho dejársela apoyada en la mesa. Llevó una mano a su espalda y la cerró sobre la empuñadura del cuchillo que llevaba envainado en la parte de atrás de la cintura.

—Así que es cierto —continuó Pat, acercándose unos pasos más—. Eres uno de los Hijos de Lir.

—No nos convertimos en cisnes como en la canción. Ni siquiera nuestro Lir es el mismo que el de la canción.

—No soy estúpido, Domenec —replicó con irritación el cazador—. No soy un campesino ignorante que cree que los celtas son demonios y luego canto en la taberna sus canciones robadas, ni creo en todo lo que dicen esas canciones.

Pat se acercó un paso más, y pudo ver su rostro fino y alargado y su sonrisa de suficiencia. Sus movimientos eran precisos, elegantes, nada que ver con la estruendosa pesadez de los mercenarios.

—Eres del pueblo —dijo el forastero comprendiendo al fin.

Pat asintió sin necesidad de preguntar a qué se refería. Era del pueblo, el único que importaba, el único más antiguo que las raíces de las montañas: el pueblo del amanecer.

—No llevo las líneas azules de la batalla ni llevo el torque de bronce que me correspondería por derecho de nacimiento, como mis antepasados. Las antiguas sendas han muerto. Pero mi sangre sigue siendo celta.

—¿Qué quieres, Pat? ¿Es ese tu nombre?

—*Pádraic* —precisó el cazador con un orgullo que tenía un punto de amargura—. Solo quería preguntarte, conocerte. Se habla mucho de los Tres Hijos de Lir, de lo que hicieron en la última guerra. ¿Es verdad lo que cuentan las historias?

—La mayor parte no —gruñó el forastero.

—He visto que llevas ese arma descomunal. Es la espada de Maistr, ¿verdad? Entonces, ¿eso sí es cierto?

Domenec asintió en silencio y el cazador continuó hablando:

—Me encontré a una mujer de camino aquí, hace cinco o seis días, en una aldea miserable llamada Flecha del Camino. Era peligrosa. Tenía los ojos brillantes y fríos, como la luz de las estrellas.

El forastero sabía perfectamente quién era, pero tuvo que decirlo en voz alta:

—Etain.

El cazador asintió y los flecos de su gorro de cuero oscilaron.

—Te está buscando. Te matará —dijo.

—Sí, repuso Domenec.

Pat quedó un segundo en silencio, pero no pudo contenerse y saltó:

—¿Por qué lo hiciste?

Durante un segundo, un fantasma flotó entre ambos.

El forastero traspasó a Pádraic con la mirada. Sus ojos eran pequeños y fríos como fragmentos de roca.

—No vuelvas a hacerme esa pregunta. Nunca.

Domenec se dio cuenta de que seguía agarrando el mango del cuchillo con fuerza y lo soltó.

—¿Qué haces aquí, Pádraic? ¿De verdad vas a matar a ese duende por una pieza de oro?

El cazador retrocedió un paso con una mueca de disgusto.

—¿Estás loco? ¡Tengo que protegerlo! Evitar que esos asesinos lo maten.

Pat tenía los ojos brillantes y apretaba los labios hasta formar una fina línea.

—¿Vas a enfrentarte a los demás?

—Si es necesario. No dejaré que lo toquen.

—¿Por qué?, preguntó el forastero, incrédulo.

—Somos como ellos —contestó el cazador dándose un golpe en el pecho—. Agonizamos y desaparecemos cada vez que el nuevo mundo avanza sobre el viejo. Pronto, los celtas solo existiremos en sus canciones y cuentos, deformados por su miedo y su odio. No quedará nada de nosotros. Durante un momento, a causa de un efecto de la oscuridad en la que hablaban, el forastero casi vio cómo hubiese sido Pádraic en otra época: el torso desnudo y cubierto de tatuajes de batalla, el pelo rojizo recogido en una espesa coleta parecida a la crin de un caballo, y el torque de los guerreros reluciendo con todo el brillo del bronce en su brazo. Pero el momento pasó y volvió a ver al hombre flaco, ataviado modestamente, con el cabello cubierto por el gorro de cuero.

Pat tenía razón. Las antiguas sendas habían muerto.

—Fuimos grandes, Domenec.

—No pertenezco al viejo mundo y tampoco al nuevo. Y nunca he sido grande.

El camino que ascendía del pueblo hasta la casa abandonada tenía la tierra oscura y húmeda, y las pesadas botas del forastero se marcaban profundamente en ella. Era el primero en llegar. Se alegraba de haber bebido menos y madrugado más que los otros.

Viendo el aspecto de la vivienda, no resultaba difícil saber lo que había pasado. La puerta estaba aún en el umbral, allí donde había caído, astillada por los golpes que la derribaron. El tejado estaba parcialmente derrumbado por los vientos y la dejadez.

Antes de entrar, pudo ver por el rabillo del ojo dos tumbas apenas señaladas a una docena de pasos de la casa.

Dentro de la casa, la violencia del ser humano se mezclaba con la de la naturaleza. Había restos de barro y ramitas arrastradas por las tormentas, pero los pocos muebles que quedaban estaban volcados o destrozados, y estaban muy maltratados por las inclemencias del tiempo. Apestaba a madera vieja y húmeda, a podredumbre y a muerte. El sol entraba a raudales por el agujero dejado por el tejado al caer, pero la casa seguía dando impresión de oscuridad.

Pese al caos y al mal estado, Domenec pudo encontrar las manchas de sangre vieja y pudo imaginarse lo que había pasado. Los soldados ebrios de victoria, de sangre y de muerte, derribando la puerta y entrando en la casa con el acero desnudo por delante, bramando que eran hombres del rey y que eso les daba derecho a tomar lo que se les antojara. La pareja que había vivido ahí seguramente les hubiese entregado de buen grado cuanto tuviesen, pero los soldados eran hombres rotos, acostumbrados al precio de la guerra, y querían más. Y eran las mujeres quienes siempre pagaban el precio más alto de la guerra.

El peso de la enorme espada que llevaba el forastero le recordaba siempre que la guerra podía sacar a la luz la oscuridad de los corazones, pero que eso no era una excusa. No había excusas. Oyó el crujido que venía de su derecha, de ese agujero oscuro y medio tapado por maderos caídos que antes podría haber sido un cuarto, pero no movió la mano derecha hasta su puñal ni se alarmó. No tenía miedo, porque sabía que no había ningún duende.

—No tengas miedo —le dijo al niño, sorbiendo por la nariz—. No voy a hacerte daño.

El silencio le respondió.

—Siento mucho lo que te ha pasado —continuó el forastero, tratando de darle a su voz áspera un tono tranquilizador, aunque sabía que difícilmente un hombre armado podía evocar algo bueno en esa pobre criatura.

Algo a medio camino entre un siseo y un gruñido le llegó desde la oscuridad, un sonido inarticulado. Domenec se arriesgó un paso más y apenas vislumbró a una forma flaca y menuda entre las sombras, con una enorme mata de pelo enmarañado y unos ojos animales. No era más que un muchacho y en la última guerra debería haber sido solo un renacuajo.

—Te lo quitaron todo, ¿verdad? —le susurró, aunque ya sabía que probablemente el niño no podría entenderle y mucho menos responderle—. Tu madre, tu padre, la posibilidad de hablar, de ser humano...

Ese niño también había pagado el precio más alto de la guerra.

Se preguntó cómo habría sobrevivido tanto tiempo en los bosques, huyendo de esas personas que había aprendido a temer, atacando salvajemente cuando se sentía acorralado como cuando le había sacado los ojos a ese hombre que se acercó demasiado. Era algo extraordinario, pero no imposible. El forastero había escuchado alguna historia similar acerca de huérfanos a los que los horrores de la guerra impulsan más allá de la condición humana; quedaban marcados por las heridas del alma demasiado jóvenes, y después no podían recordar el camino de vuelta, quedando siempre en tierra de nadie entre el reino de los humanos y el reino de las bestias.

El niño y Domenec se miraban, uno en tensión, el otro sin saber qué hacer. La cara pequeña se arrugó en una mueca temerosa, y de la boca sucia salió un siseo de aviso. Los dedos eran finos y largos y se doblaban como garfios, expectantes; podían arrancarle los ojos a un hombre desprevenido. Unos pasos apresurados fuera de la casa hicieron que el forastero volviese la cabeza. Pádraic se detuvo en el umbral.

—¿Domenec? —gruñó resollando—. ¿Estás ahí? ¿Está ahí él?

—Sí.

—¡Vienen!

El cazador se giró y se plantó frente al camino que venía del pueblo, custodiando la entrada de la casa abandonada, colocando una flecha en el arco, pero sin tensar aún la cuerda. A paso lento, por el camino subían lentamente varias personas. Emeric y Aldo iban los primeros, arrastrando los pies bajo el peso de una dura resaca. Les seguía Moritz, que parecía menos afectado aunque también tenía la tez del color de la cera blanca y los ojos enrojecidos, con sus amuletos bamboleándose en su cuello. Cerraba la comitiva Tem, varios pasos por detrás, que parecía más fresco y tenía el laúd al alcance de la mano.

—¡Alto! —gritó Pat cuando llegaron a su altura.

Emeric alzó las manos en un gesto conciliador.

—Veo que has llegado antes, cazador, pero no hagamos de eso un problema, ¿de acuerdo? Mataremos entre todos a ese duende y nos repartiremos la recompensa. Hay suficiente para todos. ¿No es así?

Aldo y Moritz sonrieron, asintiendo. Pádraic les devolvió la sonrisa, pero la suya era una mueca desafiante, peligrosa. Tem se apartó del camino con pasos cautelosos, poniéndose a cubierto detrás del ancho tronco de un árbol.

—Si dais un paso más, moriréis —replicó, y después añadió con desprecio—: *Gallaibh*.

Mortiz dio un respingo y le señaló, dibujando en el aire un signo contra el mal de ojo.

—¡Es un celta! ¡Nos intenta hechizar en su lengua de brujos! —gritó.

Emeric dio un paso al frente y el cazador en respuesta alzó el arco, tensando la cuerda y llevándose el extremo emplumado de la flecha a la mejilla.

—No es ningún encantamiento —gruñó el forastero saliendo de la casa y situándose al lado de Pat—. Es un insulto. Significa ‘usurpador’.

—¿Y tú como sabes?

—Eso da igual, cortó Domenec. Ahí dentro no hay ningún duende, nunca lo hubo. Es solo un niño, un huérfano, hijo de la última guerra, que ha estado sobreviviendo desde entonces, dominado por el lado animal de la naturaleza humana. Nadie se llevará ninguna recompensa. Todos los pares de ojos le miraron con extrañeza.

—¿No es de la Buena Gente? —preguntó Pat.

Aldo maldijo su mala suerte y escupió al suelo. Emeric pateó al suelo, con rabia. Solo Mortiz tenía una mirada calculadora en sus ojos y se acariciaba la barbilla, pensativo.

—Aún queda una opción —dijo el charlatán—. Conozco formas de teñir la piel y dar forma al cuerpo, como a veces se hace con las piezas de caza para que sigan pareciendo fieras. Podríamos hacerlo, ¿no? Aún podemos llevarnos la recompensa.

—Solo es un rapaz medio loco... —comenzó Aldo.

—... que vale una pieza de oro —terminó Emeric, descolgando de su cinto una maza de aspecto contundente.

Era obvio que ambos mercenarios habían matado por mucho menos. Pat y Domenec intercambiaron una mirada. El forastero asintió y comenzó a llevar una mano a la empuñadura de la espada.

Un crujido a su espalda llamó su atención, y la figura menuda y flaca de un niño salió disparada hacia los árboles, corriendo con rápidas zancadas.

—¡Cogedle! —aulló Moritz.

Los mercenarios cargaron al son de un grito de guerra. Pádraic dejó volar la flecha, que detuvo en seco la carrera de Aldo, clavándose profundamente en su garganta. Trató de sacar un nuevo proyectil, pero tenía al segundo mercenario casi encima.

El forastero atrapó la maza con el filo de su espada y desvió el golpe que se dirigía a la sien del cazador con un gruñido. Emeric liberó su arma y lanzó un golpe rápido cargado de violencia, que pasó a solo un palmo de la nariz de Domenec y le hizo entrecerrar los ojos. Pero la maza trazó un arco demasiado fuerte, demasiado amplio, y eso era todo lo que hacía falta.

El rostro de Emeric desapareció en una húmeda nube roja bajo la espada del forastero.

Domenec y Pádraic se giraron, uno con el acero cubierto una vez más de sangre, otro con una nueva flecha en el arco, pero Mortiz ya no era una amenaza. Tem lo tenía atrapado con sus fuertes brazos de antiguo soldado, y el charlatán gemía y trataba de liberarse sin éxito.

—¡Es una pieza de oro, insensatos! Podemos repartirla.

El bardo le hizo callar de un golpe en el estómago que le dejó boqueando en busca de aire.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Pádraic.

Temard miró los cuerpos de los mercenarios. Las piernas de Emeric aún seguían moviéndose con leves espasmos, como si no pudiesen aceptar el hecho de que el resto del cuerpo había muerto.

—No podemos matarle, no a sangre fría —dijo, manteniendo a Moritz aún sujeto por el cuello de la túnica.

—No podemos dejarle marchar. El niño vale una pieza de oro. Volverá a por él, quizá con otros iguales que Aldo y Emeric —dijo el forastero negando con la cabeza.

—Domenec tiene razón. Tiene ansia de oro, esa enfermedad que envenena a vuestro pueblo. No tiene cura.

—Podemos encontrar al niño, llevarlo al pueblo, hacer que sea criado como una persona —apuntó Tem, con esperanza en la voz.

—Ese niño está más allá de nuestro alcance. No solo su alma, ya perdida y dominada por lo que ha sufrido. Sino también su cuerpo. ¿Sabes cuántos años han pasado desde la última guerra? Ha estado escondiéndose todos estos años, y ya sabe que esta casa no es segura. No volveremos a verle —respondió el cazador—. Ni siquiera yo podría encontrar su rastro, estoy seguro de ello.

—¿Y qué vais a hacer? —rugió Tem, señalando al encogido Mortiz, que les miraba con ojos preñados de súplica. ¿Rebanarle el cuello a un hombre indefenso? ¿A sangre fría?

—¿Qué otra opción tenemos? —preguntó Domenec.

—¡Serás igual que ellos! —acusó el músico, señalándole con un dedo acusador. ¿Qué derecho tienes a matarle?

—¿Qué derecho tengo a dejarle vivir? —replicó en voz queda el forastero.

—No puedo quedarme a ver esto.

Tem soltó al charlatán y retrocedió, asqueado. Se empezó a alejar hacia el pueblo con pasos airados.

—Vete, Tem —gruñó Domenec—. Tus manos seguirán limpias. Otros haremos lo que es necesario.

No quiso demorar más lo inevitable ni dar a Mortiz tiempo para suplicar. La hoja entró y salió, y otro hombre más había muerto antes de que las anchas espaldas del músico desaparecieran por el camino del pueblo.

—Era lo que había que hacer —aseguró Pádraic.

—Sí, y pese a eso son mis manos las únicas que se han manchado de esta sangre.

—Ese golpe de maza ha pasado tan cerca... Creí que te había matado.

—Descuida, cazador, ya sé cuál será mi final. Etain me matará.

—Eso será si te encuentra, ¿no es cierto?

—No será difícil. No tiene más que seguir los cuerpos —murmuró amargamente el forastero.

—Ella entenderá tus razones. Eres un buen hombre.

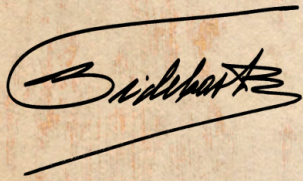
—No lo creo, Pádraic. Ninguna de las dos cosas. No somos los hermanos cisnes de la canción. Nosotros, los verdaderos Hijos de Lir, nos devoramos unos a otros.

El forastero desapareció esa misma noche, tirando de las muelas de su fea mula, como si nunca hubiese pasado por Cruce del Calderero. Varias leguas por detrás, una mujer vengativa seguía un rastro de cadáveres.

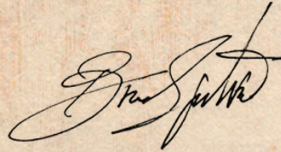


muro de Honor de los colaboradores

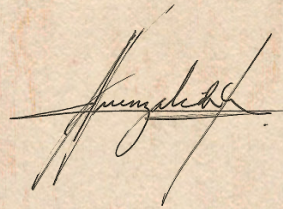
aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su colaboración



Ismael Chumpitaz



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú